

Alba Martín Santaella, *Desde la otra orilla. Las mujeres en la Revista de Occidente (1923-1936)*

Almería, Universidad de Almería, 2021,
ISBN: 978-84-13510934

EXPONER A LOS «MISÓGINOS ILUSTRADOS»¹

EXPOSING THE «ENLIGHTENED MYSOGINS»

Antonio CAZORLA CASTELLÓN

Autoría:
Antonio Cazorla Castellón
Universidad de Almería y Universidad de Granada, España
acc481@ual.es
<https://orcid.org/0000-0001-7478-3253>

Citación:
CAZORLA CASTELLÓN, Antonio, «Alba Martín Santaella, *Desde la otra orilla. Las mujeres en la Revista de Occidente (1923-1936)*», *Anales de Literatura Española*, n.º 38, 2023, pp. 293-296. <https://doi.org/10.14198/ALEUA.2023.38.14>

© 2023 Antonio Cazorla Castellón

Este trabajo está sujeto a una licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY 4.0).



Sería cuanto menos polémico que cualquier prestigioso pensador formulara hoy en día una sentencia tan demoledora sobre la (in)capacidad de la mujer para la tarea creativa e intelectual. Sirva esta estremecedora cita para sumergirnos directamente en la materia:

Cuando se da el caso de que una mujer posea facilidad y gracia bastantes para transmitir a la muchedumbre su secreto personal de una manera convincente y auténtica, nuestra desilusión llega al extremo. Porque entonces descubrimos que esa intimidad femenina, tan deliciosa bajo la luz de un interior, puesta al aire libre resulta la cosa más pobre del mundo. La personalidad de la mujer es

1. De esta forma se refiere Alba Martín Santaella a los pensadores estudiados en *Desde la otra orilla...*, etiqueta que acuñó Shirley Mangini en *Las modernas de Madrid*, publicado en 2001 en la editorial barcelonesa Península.

poco personal, o, dicho de otra manera, la mujer es más bien un género que un individuo (p. 250).

Seguramente, numerosísimas mujeres y algunos hombres alzarían sus voces para confrontar juicios de tan rancia misoginia. No ocurría así en los años de la Modernidad española, por más cotas que el feminismo estuviera alcanzando, pues el discurso patriarcal estaba adscrito en el ADN de la sociedad y, lo que es más grave, desde los órganos culturales más influyentes se sustentaban teorías sobre la inferioridad femenina.

Esa cita inaugural lleva la firma de Ortega y Gasset, quien en 1923 escribió, para el primer número de la *Revista de Occidente* que él mismo fundara, el ensayo «La poesía de Anna de Noailles». Es ésta una de tantas disquisiciones del reconocido filósofo español que la doctora Alba Martín Santaella recoge en su apasionado, riguroso y exhaustivo trabajo *Desde la otra orilla. Las mujeres en la Revista de Occidente (1923-1936)*, publicado a finales de 2021.

Este extenso ensayo es el quinto volumen que la editorial publica en la colección *Sobre las mujeres* dirigida por Isabel Navas Ocaña, catedrática de la universidad almeriense. En él, Alba Martín se sirve de la «hermenéutica de la sospecha» (p. 551) y recorre la primera etapa de la *Revista* de Ortega para estudiar desde la perspectiva de la crítica literaria feminista los textos ensayísticos y narrativos de los intelectuales que defendieron la inferioridad de las mujeres, así como los textos de las escritoras a quienes, paradójicamente, el filósofo les permitió publicar.

Alba Martín parte de una premisa bien clara: la *Revista de Occidente* fue uno de los mayores motores de influjo cultural en la España de los años veinte y treinta, y sin embargo no se han cuestionados las teorías sobre la inferioridad femenina que en este medio se publicaban. Asimismo, la importancia de la *Revista* ayudó en los años de la llamada Edad de Plata de la literatura española a conformar el canon que tradicionalmente hemos estudiado de la generación del veintisiete. No es de extrañar, por tanto, que si estos «misóginos ilustrados» (p. 159) consideraran incompatible el binomio mujer-pensamiento, las escritoras de vanguardia no figuren en la nómina del grupo generacional. Por tanto, Martín Santaella cuestionará la supuesta modernidad de estos intelectuales a lo largo de siete valiosos capítulos.

El capítulo primero sitúa el nacimiento de la *Revista de Occidente* en un momento y un lugar determinado de la historia, y en él desentraña las teorías misóginas y pseudocientíficas que tanto Ortega como otros intelectuales de la talla de Gregorio Marañón divulgaron sobre la condición femenina. Concebían a la mujer como un ser inferior al varón, destinado a la maternidad y al apoyo doméstico.

En los seis capítulos restantes se abordan las tesis sobre la condición femenina y se analizan pormenorizadamente las imágenes de mujeres, una de las metodologías que más fruto ha dado la crítica feminista, tanto en la literatura masculina como en la femenina que se publicó en la *Revista*. Pues bien, en el capítulo segundo, Martín Santaella desentraña el discurso que pensadores como Marañón, el propio Ortega, Benjamín Jarnés, Jung o Simmel, construyeron sobre la «mujer normal», es decir, aquella que no transgrede las normas patriarcales y no sucumbe al peligro de los movimientos feministas. No obstante, el papel del hombre también fue llevado a debate a través de la revisión de figuras como el Don Juan antiespañol, como lo definió Marañón, o Giacomo Casanova, hombres mujeriegos que ni procreaban ni contribuían a la cultura. Hombres como estos y mujeres anormales serían un obstáculo para el gran proyecto modernizador de Ortega: la creación de una España burguesa, liberal y defensora de la familia tradicional como principal institución de la sociedad, una institución que, sin embargo, relegaría a la mujer al ámbito de lo privado.

Creado el armazón ideológico a partir de un ensayismo misógino, la *Revista de Occidente* llevó a las «mujeres a juicio», tal y como reza el título del capítulo tercero. Escritoras, pintoras y mujeres de la Historia fueron analizadas muy dura y negativamente para demostrar que no poseían la racionalidad superior del varón. Lo hicieron con una galantería que pretendía velar el paternalismo de quienes empuñaban la pluma. Podemos hacernos una idea de las consideraciones de Ortega sobre la poeta Anna de Noailles en la cita inicial, pero hay otras incluso peores, como las de Juan Chabás, quien sostuvo que la poeta Ada Negri encarnaba el paradigma de la escritura basada en lo sensorial y, por ende, femenina; un tipo de escritura que jamás alcanzaría el intelecto y lo trascendental, cualidades reservadas a la naturaleza masculina.

Aunque Martín Santaella reconoce la modernidad en cuanto a la concepción del género novelesco de escritores como Baroja, Azorín, Gómez de la Serna o Corpus Barga, saca a relucir en el capítulo cuarto las imágenes femeninas de sus textos narrativos publicados en la *Revista*. Estos personajes femeninos representaban a mujeres cosificadas, ornamentales, hechiceras, monstruosas, prostitutas, lánguidas, que llevaban al varón a la perdición. Véase el caso de Benjamín Jarnés, probablemente quien más estereotipos misóginos reprodujera en sus textos. Sus personajes femeninos carecían de lógica, eran mujeres sin instinto maternal, despiadadas, como vemos en «Sor Patrocinio»; malignas hechiceras, como se ve en «Viviana y Merlín», y adúlteras. También escritores extranjeros, como Goethe, Leo Frobenius o Alejandro Kupin publicaron sus cuentos en la *Revista*, y sus personajes femeninos no distaban en absoluto de los creados en suelo español, tal y como podemos apreciar en el quinto capítulo.

Recorrido este periplo, desembarcamos en «la otra orilla», y en los capítulos sexto y séptimo asistimos al estudio que la autora realiza de los textos ensayísticos y narrativos de las pocas mujeres que publicaron en la *Revista*. Fueron Rosa Chacel, María Zambrano, Victoria Ocampo, Virginia Woolf y Katherine Mansfield, entre otras.

En cuanto a los ensayos en los que se aborda la cuestión femenina, destacan principalmente los textos de Rosa Chacel y de María Zambrano. Mientras que Chacel se negó a denominarse feminista porque advertía en esa etiqueta una posición de victimismo que no estaba dispuesta a aceptar, escribió uno de los ensayos pioneros en España en cuanto al género como constructo social y cultural, y en sus textos narrativos, como *Estación. Ida y vuelta* o «Chinina Migone», abordó la búsqueda del destino propio de los personajes femeninos y criticó el peso de la cultura patriarcal.

María Zambrano, aunque también rehusaba atribuirse el término feminista, no renegó en cambio de la existencia de la esencia femenina que relegaba a las mujeres al ámbito doméstico. Mucho más combativa fue Victoria Ocampo, quien creó un discurso propio en el que no dudó en calificar sin ambages las teorías de Ortega sobre la condición femenina como una «aberración machista» (p. 500), y en su fábula *La laguna de los nenúfares* se valió de personajes míticos como las hadas y las hechiceras para atribuirle los rasgos positivos que los escritores varones les habían negado.

Poco tienen en común estas escritoras con Amparo Parrilla, quien reprodujo en sus ensayos las teorías de Gregorio Marañón sobre la «mujer normal» y la «mujer enferma y anormal». Pero, probablemente, quienes hicieran tambalear los cimientos del discurso misógino de Ortega y Gasset no fueron únicamente Chacel y Ocampo, sino también las escritoras anglosajonas. Virginia Woolf publicó un fragmento de la que sería su novela *Al faro*, «El tiempo pasa», donde la Sra. Ramsay, arquetipo del ángel del hogar, nos muestra a través del monólogo interior la frustración que siente en el ambiente doméstico, androcéntrico y patriarcal. Y Katherine Mansfield en su *Preludio* y *En la bahía* creó personajes complejos que, aunque situados en ambientes burgueses, cuestionaron la desigualdad y los roles de género tradicionales.

Que hallaran cabida este tipo de discursos en la revista que formaba parte del proyecto supuestamente modernizador de Ortega es una de las paradojas a las que Alba Martín Santaella da respuesta en este enriquecedor trabajo. No solo se alza como un estudio pionero por dar a conocer las inercias machistas que han modelado la historia de la celeberrima *Revista de Occidente*, sino que también lo es porque en él da la palabra a mujeres que fueron históricamente silenciadas. «Un estudio nunca estará completo sin tener en cuenta a las mujeres» (p. 551), dice su autora. Indudablemente ha cumplido con su palabra.